



PAZ ERRÁZURIZ, NELLY RICHARD,
CLAUDIA DONOSO Y GONZALO LEIVA
Fotografías 1983-2002
Santiago: Ograma, 2004.

por Armando Uribe

ESTE LIBRO ES UN LUJO mental y moral. Y visual; pero más que a los sentidos se dirige al alma, y quienes no lo adviertan son ciegos.

Tan bien presentada está la *Fotografía* (en singular) extraída de las realidades por Paz Errázuriz, tan bien compuestos los conjuntos desde la introducción de imágenes en La calle, El combate contra el ángel, El circo, Los nómades del mar, Vejez, Antesala de un desnudo, El infarto del alma, Tango (de a dos), La manzana de Adán, y Cuerpos pintados, que para mí son once poemas mayores, sin necesidad de palabras, creados con signos atrapados por una máquina fotográfica humanizada. No tiene necesidad de palabras como las presentes.

Por otra parte contiene tres trabajos escritos que son como leyendas detalladas, sabias e inteligentes, subrayando las calidades de sus materias y su espíritu. Por ejemplo, las observaciones sobre el “Memento mori” que significan estas fotografías, estampas para prepararse a morir, y aquellas que enfatizan el carácter de reflexión ética sobre Chile y las minorías chilenas —palabras del gusto de Paz Errázuriz—, minorías a las que yo desearía pertenecer en cuanto “pelagato” al que le importa lo que ella hace (ver entrevista suya en página 32). Son lúcidas y exactas y envidiables.

Paz Errázuriz configura una Ética para un Chile disgregado desde hace más de 30 años, degradado.

Estoy tomando precauciones para hacer pasar las barbaridades que vienen.

Desde antes de los veinte años he creído en algo que luego leí en dos escritores, uno chileno, Joaquín Edwards Bello, y el otro un barón balta que estuvo en Chile, Herman Kayserling, sobre lo que ocurre en este país dejado de la mano de Dios: el Culto de lo Feo impera aquí. Edwards Bello lo escribió ya en los años 1920; Kayserling, sin haberlo sabido, lo precisa en sus *Meditaciones suramericanas* de mediados de los años 1930.

Las letras y el arte en todas sus expresiones —entre ellas, las fotografías de Paz Errázuriz— obliga a los mejores en Chile a sacar belleza de fealdad (así como se dice; sacar fuerzas de flaqueza).

Para hacer un parangón: Neruda lo hizo en sus *Residencias en la Tierra*. Podría esto examinarse en las principales obras de belleza en Chile hasta ahora.

Van a decir: Pero ello ha pasado en todo el siglo XX en los más diversos países; del Dadá, el Expresionismo, el Arte Bruto, etcétera.

Para responder recorro de nuevo a Joaquín Edwards. Escribió hace más de medio siglo: “Sí, en Chile pasan cosas que se dan en otras partes del mundo. En todas partes se cuecen habas. Pero en Chile esto ocurre con un 20% de exageración”. A esto agrego yo que a veces el porcentaje es superior; como lo hemos comprobado en los treinta y tantos años últimos.

Hay que señalar que el mundo de las últimas décadas acelera en su conjunto las fealdades materiales y morales, éticas y estéticas. Varias son las causas. El siglo XX, dicen historiadores reputados —como Eric Hobsbawm— es el peor de los siglos que conoce la historia, por las destrucciones, crueldades e inhumanidad. Las guerras con armamentos mortíferos que antes no eran conocidos, no sólo en ambas guerras mundiales sino también en otras guerras y conflictos, hambrunas y pestes nuevas, son las más cruentas de que se sepa. Jinetes del Apocalipsis galopante. Se concluye que al terminar la segunda gran guerra, con el lanzamiento de dos bombas atómicas en Japón el 6 y el 9 de agosto de 1945, comenzó la era de las armas de destrucción masiva y la de experimentos científico-técnicos que producen fenómenos que nunca se dieron en la naturaleza ni en lo que se conoce del cosmos, incurriendo, un buen número de ellos, en riesgos fatales para las criaturas vivas, empezando por la humanidad. Los últimos 60 años desde el 45 ya no corresponden a la civilización occidental cristiana. Hemos vivido, salvo residuos civilizados que conservan personas y grupos, en una pseudo-civilización, encabezada por Estados Unidos, que consiste principalmente en barbarie tecnológica manipulada por tecnócratas (de gobierno y de poder financiero, los de la educación, la salud, las comunicaciones, la economía, etc.). Simultáneamente, como veremos, esta pseudo-civilización ha pasado a englobar el planeta. Las excepciones, menores, serían internamente los países que EEUU declara sus enemigos, pero en su economía exterior concurren con los demás.

En este mundo global impera una ideología dominante. Como jamás había ocurrido en el pasado desde que existe la humanidad. Ella es totalizadora, y cubre lo político, lo social y lo pseudo-cultural, además de la economía.

Se trata del neo-liberalismo capitalista de mercado desregulado (sin control suficiente). Su valor máximo es el lucro, con su lacayo el éxito; tiene carácter de idolatría; se encuentra ese ídolo en la Biblia: el becerro de oro, cuyos adoradores provocan que se quiebren las tablas de los diez mandamientos. Obispos (como don Carlos González Cruchaga aquí), sacerdotes en libros, y Cardenales, consideran que el neo-liberalismo es anti-cristiano. Y es, por cierto, anti-humano.

Este mundo provoca fealdades horribles de orden social, psicológico y

moral, visibles en los cuerpos de mujeres y hombres, en sus moradas, en sus hábitos de comer, de vestirse, de moverse (quienes no tienen qué comer, dónde vivir, cómo vestirse, son sus peores víctimas).

La belleza no es parte del mercado. Como producto la belleza no vale. Los medios de comunicación masiva disminuyen a mediocre lo que muestran: afean la carne en beneficio del lucro; y éste, como el éxito, borran el espíritu de las personas y la naturaleza, y lo “cosifican”. La belleza es gratuita.

La diferencia entre obra de arte y mercancía para el mercado está en el espíritu humano de la primera —que busca acercarse a lo divino por la belleza—, mientras las mercaderías son materias y monedas de cambio transitorias: se agotan, no duran.

Los seres humanos somos imperfectos desde ser concebidos hasta morir —que es la mayor imperfección posible. (Para quienes creemos con fe, hay la resurrección de los justos, sensacional promesa universal, resurrección de la carne —cuerpo y psique que se verán gloriosas—, máxima esperanza.)

Cotidianamente comprobamos nuestras imperfecciones; y ello significa que alguna noción tenemos de lo perfecto, lo máximo divino. Hasta en los enamoramientos (psicosis transitoria los llama Sigmund Freud), “divinizamos” a la otra persona; el simple paso del tiempo deteriora esa creencia transitoria cuando advertimos que ella es imperfecta.

La vida es búsqueda de lo perfecto.

El arte lo persigue y lo que va encontrando es imperfecto; pero si lo hace de buena fe, con gratitud sincera, ello es obra de arte y contiene belleza humana.

Comparado con otros lugares del mundo, en Chile es donde más domina el culto a la fealdad, en tiempos en que en el globo disminuye lo civilizado, y se extiende la ideología del tremendo lucro que engendra fealdades.

En nuestro país, en mi opinión, la artista sincera, honesta, de buena fe gratuita, Paz Errázuriz se dedica a las crueles fealdades omnipresentes, y extrae de ellas una pura y terrible belleza humana. Ha realizado obras de arte en fotografías de una especie vernácula y verídica, como nadie antes aquí.

Su arte es afectuoso hacia las personas y cosas que nos presenta. Se nota de inmediato, mirando sus obras, que ha enlazado familiaridad en la vida real con las personas que representa; las hace parientes suyos y de quienes, con temerosa admiración se adentran, como observadores tímidos, en sus imágenes de lisa superficie y compleja profundidad.

Si esta presentación se extendiera a un largo ensayo, podría irlo demostrándolo fotografía por fotografía.

Domina en todas una humana y casi religiosa piedad. Paz Errázuriz ama a las personas y panoramas que muestra en sus imperfecciones, y en la belleza creada a su través por la artista.

¿Y si me preguntan si hay sadismo a la vez? De haberlo, hay también la catarsis de la tragedia griega.

Podría hacerme una difícil pregunta final: ¿Qué entiende usted por fealdad?

No la esquivaré.

Todo aquello que contradice, incluso con escándalo los cánones de la belleza material establecidos en Occidente desde hace más de 2.500 años, y en los últimos siglos diseminados por el planeta tierra. No me digan que desde antiguo ha habido artistas que lo han hecho. Si me nombran, por ejemplo, al Bosco y a Goya, les contestaré que al presentar infiernos y brujas, reconocían en sus formas a la vez aquellos cánones.

En el fondo, como esos dos grandes del arte, Paz Errázuriz tiene esa belleza en sí.